

Al emitir nuestras ideas generales sobre la raza oceánica, hemos manifestado la opinion que las diversas ramas que le pertenecen han nacido en las orillas del Indo, en los primeros tiempos de su civilizacion; lo que corrobora nuestro modo de ver es la figura de jade que llevan colgada al cuello; los círculos que conservan en sus esculturas y que recuerdan la serpiente Calingam; el lingam que parece que representa un gran papel en su mitología; en fin, una gran parte de sus ideas pertenece al sabeismo, y proviene de las antiguas tradiciones místicas de los bramanes.

Los dioses principales de la Nueva Zelanda son: *Dios el padre, Dios el hijo, y Dios el pájaro ó el espíritu.* Dios el padre es el mas poderoso, y se llama *Nui Atua*, el dueño del mundo. Todos los otros están subordinados á él; pero cada natural tiene su *atua*, que es una especie de divinidad secundaria que equivale con bastante exactitud al ángel de la Guarda de las creencias cristianas. Los sacerdotes se llaman *arikis*, y otras veces se les da el nombre de *tame tohonga*, ú hombres sábios; y sus mugeres, que desempeñan funciones de sacerdotisas, son las *wahine arwiki* ó *wahine tahouga*, ó mugeres sábias. Cada hippah tiene una cabaña, mas grande que la de los habitantes, que se llama *ware Atua*, ó casa de Dios, destinada para recibir el alimento sagrado *a o Kai tou*, y en la cual se hacen las oraciones, *karakia*.

Las ceremonias religiosas se desempeñan comunemente por los *arikis*, quienes públicamente y en alta voz imploran la proteccion de *Atua*. Prestan una ciega fé á los sueños, y piensan que la divinidad se los envia; y todos los negocios se deciden por los sacerdotes, que son los únicos encargados de interpretar la voluntad de los dioses. Las diferentes tribus en sus continuas guerras no llegan jamás á las manos sin haber interrogado á *Oui-doua*, ó el Espíritu Santo, por

medio de una solemnidad llamada *Karakiatanga*. Parece que consagran con ceremonias religiosas las épocas mas notables de la vida; por lo que cuando nacen sus hijos se reúnen los parientes para hacer con este motivo una fiesta de familia, en que pronuncian sentencias y tratan de pronosticar un feliz horóscopo. Mr. Kendall cree que esta ceremonia, llamada *toinga*, equivale al bautismo de los cristianos, y llega hasta decir que rocían á los niños con una agua sagrada *ouai tapu* ó *ouai toi*, ó agua bautismal. Su matrimonio recibe tambien una especie de sancion religiosa, y cuando mueren tambien se celebran unos funerales. Mr. Kendall llega hasta creer que sus festines sagrados de carne humana, no son otra cosa que una imitacion, aunque corrompida á la verdad, de la comunión bajo ambas especies. Aqui dejaremos nuestras citas, recelosos de estraviarnos en la indicacion de hechos que imperfectamente conocemos.

Los zelandeses tienen puntos muy marcados de semejanza con los espartanos: muestran indiferencia á la vida, desafian á la muerte con valor, y aun debe decirse con heroismo. No piensan mas que en los combates; este es el placer de toda su vida: asi es que desde la infancia no dejan los padres de inflamar la imaginacion de los hijos contándoles las hazañas de sus parientes ó amigos, y de hacer germinar en el corazon una sed inestinguible de azares y peligros. Desde los mas tiernos años sabe un niño apreciar su propia dignidad; sabe que ninguna muger tiene derecho de levantarle la mano; que él puede levantársela á su madre sin que esta pueda quejarse; que puede ensayarse, maltratando á sus esclavos, á inspirar el espanto que debe producir su vista el dia del combate en medio de las tribus vecinas. Es una cosa ciertamente extravagante que un niño sea tanto mas ilustre cuanto mas elevada es la clase de su madre, por-

que de ella se deriva toda su nobleza. Algunos ancianos estimados por su saber, los arikis ó sacerdotes, se encargan de la educacion de los hijos de los gefes, y los inician en los secretos de su teologia. Semejantes á los antiguos escaldas del Norte, sus lecciones puestas en una especie de estrofas, se versan sobre las hazañas de los guerreros, sobre el número de sus victimas, y sobre la felicidad que gozan en la *atamira* ó paraíso celestial. A los doce años asisten estos jóvenes adeptos á las asambleas de los gefes y oyen sus deliberaciones; su carácter adquiere hábitos de meditacion y reflexion y desean la ocasion de ilustrarse con algunas hazañas. Mucho nos sorprendió ver subir algunos jóvenes á bordo, recorrer el buque en todos sentidos en medio de los marineros, sin mostrar timidez ni sorpresa: antes bien su porte anunciaba seguridad y resolucion. A los diez y ocho ó veinte años son ya miembros de la tribu de los guerreros, construyen una cabaña inmediata á la de su padre, se casan y concluye la autoridad paterna.

Los casamientos se hacen por compra; el futuro debe hacer regalos á la familia de la novia. La mayor parte de los naturales, sobre todo los de la clase comun, no tienen mas de una muger; mas parece que la poligamia está permitida á los *rangatira*, porque el famoso Songhi tiene muchas esposas. Toui, gefe del hippah, á cuya intermediacion estaba anclada la corbeta *Coquille*, habia comprado la suya, aunque pertenecia á una familia distinguida, por dos fusiles y un esclavo; en retribucion le dieron su esposa y cierta porcion de esteras hechas de lino de la Nueva Zelanda, y tres esclavas destinadas, en vista de la alta clase de la novia, á servirla en todo. Los habitantes de la clase comun regalan cosas de menos valor; así es que comunmente no tienen mas que una muger. Castigan severamente el adulterio cuando no ha sido con permiso

del marido; es verdad que este puede comprarse tambien con regalos. En cuanto á las jóvenes son dueñas de sus personas, y libres de hacer cuantos dichosos se les antoje. Las muchachas esclavas, por el contrario, están destinadas por sus amos á la prostitucion; y aun los mismos gefes no se desdientan de enviarlas á bordo de los buques europeos á barcadas llenas, y tender la mano para pedir la retribucion de un género de comercio que nuestras costumbres están muy distantes de hallar decoroso. El *ariki* consagra los matrimonios con una especie de ceremonia religiosa. Los misioneros protestantes que están en la Nueva Zelanda nos dijeron aun que en el momento que nacia una criatura practicaban una especie de bautismo. Aunque la muger no sea á los ojos de estos belicosos isleños mas que una criatura de orden secundario y destinada á la conservacion de la especie, la consultan sin embargo en todas las circunstancias graves; y la esposa de un *ariki*, semejante á una sacerdotisa druida del tiempo antiguo, participa del poder sacerdotal de su esposo.

No hablaremos de la ligereza con que tratan estos pueblos lo que llamamos pudor; esta virtud es solamente el resultado de la civilizacion, y el cuadro que podriamos bosquejar de las costumbres aun brutas del hombre en su primitiva naturaleza seria á menudo muy gracioso sin duda, pero espantaria tambien á las imaginaciones menos escrupulosas. Los zelandeses y todos los isleños del mar del Sur, así como los documentos históricos de los pueblos antiguos y modernos, nos han confirmado en este pensamiento, que el hombre, animal por su organizacion, está sometido al imperio de las necesidades físicas que no siempre la inteligencia puede arreglar ni moderar. Bajo este concepto son los zelandeses de una *lubricidad* que pasma.

La amistad que se profesan los naturales de una misma tribu es vivísima, y frecuentemente fuimos testigos del modo con que se la prueban. Así es, por ejemplo, que cuando uno de ellos venía á bordo y que encontraba á un amigo á quien no habia visto hacia algun tiempo, se acercaba á él silenciosamente, aplicaba la punta de su nariz sobre la de su amigo y permanecía una media hora hablando entre dientes y en tono lúgubre palabras confusas; en seguida se separaban y obraban el resto del tiempo como dos hombres completamente extraños uno á otro. Las mugeres observaban el mismo ceremonial entre sí; y se convendrá en que este saludo nasal, que se llama *ongi*, es una singular politica, pero lo que nos sorprende mas aun es la indiferencia que los naturales muestran á aquellos que, en medio de ellos, se dan así testimonios de amistad. Es bastante notable el ver á los pueblos asiáticos conservar en todas las circunstancias de su vida, y llevar hasta el seno de sus placeres, aquel aire tranquilo y solemne que conviene tanto á la dignidad del hombre.

Si los zelandeses muestran con sus emociones que son sensibles á las pasiones dulces, la historia de su vida entera prueba, por otra parte, que ningun pueblo conserva ni alimenta mas largo tiempo el deseo de castigar un insulto. Un zelandés parece que tiene por única máxima que el tiempo no puede borrar ofensa alguna, sino solamente la venganza. De este principio vicioso en que cada natural está imbuido, y que es la norma de la conducta politica de las familias, resultan aquellos odios eternos y las guerras perpétuas que tienen desoladas aquellas islas. La muerte de los parientes ó de los gefes distinguidos ocasiona el mayor dolor en toda la tribu: los habitantes en traje de duelo se entregan á una ceremonia lúgubre que dura muchos dias; y cuando es elevada la

clase del difunto, se sacrifican muchos cautivos destinados á servirle en el otro mundo. Las mugeres, las jóvenes y las esclavas se aranán la cara, los brazos y el pecho, y se hacen surcos en el pellejo con un diente afilado de marrajo, el cual siempre es sagrado y le llevan colgando de una oreja; cuanto mas corre la sangre, tanto mas agradable es esta ofrenda al difunto; y de tiempo en tiempo en época fija renuevan estos testimonios de dolor. Cuando pedimos una explicacion de esta costumbre á las jóvenes, se ceñían á contestar: «Atua quiere que lloremos.» Estos pueblos tienen el mas religioso respeto á los muertos, y los embalsaman con un arte que no se ha imitado en ninguna parte, y que es muy superior al que se empleaba para conservar las momias. Por lo comun los entierran en sepulcros peculiares de cada familia, y algunas veces las gentes vulgares hacen lo que se llama *tulere* ó *wata-atu*, y meten el cadáver en una piragua que abandonan en alta mar.

Cada tribu de zelandeses forma una especie de república, y cada individuo es independiente de cualquiera otro. Los distritos tienen á su cabeza un gefe directo á quien no reconocen sino en tiempo de guerra. En el lugar no tiene poder alguno particular, ni puede dar la menor orden al último isleño: su privilegio consiste en no hacer nada, y en el derecho de percibir en víveres una especie de diezmo de las provisiones de las demas familias; pero por lo demas no tiene mas que los esclavos que él mismo hace en la guerra, y no goza otra prerogativa que la del dibujo picado que indica su clase y que ningun otro puede usar. Cuando llega en medio de los guerreros no se le hace acatamiento alguno ni se le da el menor testimonio de respeto. Los hijos de los gefes no le suceden despues de su muerte, y si sus hermanos segun el orden de su nacimiento. Ordinariamente se nombra ge-

fe al que goza mas alta reputacion de valor, intrepidez y prudencia. En el ejército prevalece su dictamen en punto al modo de atacar. Para hacer la guerra y reunir sus guerreros no tienen otro medio que el de la vergüenza en que caeria el que no le siguiese al combate: rara vez sucede, cuando proyectan una invasion y comunican las razones que le asisten para ella, que dejen de reunirse los combatientes. Cuando *Atua* (Dios) pide la guerra, la opinion es unánime. Los gefes de cada tribu forman un consejo á que asisten los sacerdotes y aun los simples guerreros que gozan de una reputacion militar. Los cuerpos de los gefes muertos, cuyas cabezas se conservan como un estandarte, son las que sirven de hólocausto en los sacrificios. Sus mugeres son entregadas al enemigo para sufrir la misma suerte, ó ellas mismas se ofrecen. A su muerte natural se degüellan victimas humanas sobre sus tumbas.

La costumbre mas atroz de que nos queda que hablar es la antropofagia, que ningun pueblo sigue ni tan abiertamente ni de un modo tan escandaloso como los nuevos zelandeses. Avidos de venganza y de sangre, saborean aquellos hombres feroces con el mas vivo placer las carnes palpitantes de los enemigos que han sucumbido á sus golpes. A consecuencia de esta abominable costumbre, le han tomado gusto á la carne humana y miran como dias felices y fiestas solemnes las ocasiones en que pueden hartarse de ella. Un gefe del hippah de Kauri, en la isla de *U-motu-Arohia* nos espresa bala satisfaccion que experimentaba en comerse un cadáver; nos indicaba el cerebro como el mas esquisito bocado, y el muslo como el mas sustancioso: pero viendo que hacíamos gestos de horror, se enmendó afirmando que jamás comian los europeos (patek), sino á los inícuos hombres del rio Tamesis y de la Bahía-Mercurio. Nos decia con

un aire casi cariñoso que los europeos eran sus padres, por que le proporcionaban pólvora para matar á sus enemigos. Siempre se comen los cadáveres de los naturales que han muerto en el campo de batalla; pero no es cosa averiguada si se comen la carne de los esclavos que sacrifican en diferentes circunstancias.

Parece que estas costumbres de una ferocidad sin egemplo reinan desde la mas remota antigüedad entre aquellos pueblos que no respiran mas que guerra, y que ellas forman una especie de código que no se puede quebrantar sin violar las leyes del honor. La guerra ocupa casi todos los instantes de su vida: el mas leve pretesto es suficiente para declararla; pero el mas ligero revés ó una simple satisfaccion, puede ser bastante para que los enemigos se retiren. Las querellas duran una larga série de años, y la generacion presente hace con frecuencia una invasion para vengar la derrota de sus padres. En algunos distritos se les ha visto batirse por cuestiones que tenían mas de sesenta años de fecha. Su rencor es concentrado, y lejos de inspirarles el tiempo, el olvido de una injuria, no hace mas que aumentarles la sed de la venganza, que no puede apagarse mas que con la sangre del agresor.

Las guerras son el resultado de la animosidad, y su objeto es el pillage y el deseo de proporcionarse un alimento que su estómago desea vivamente. Caen sobre su enemigo en el mayor número posible, procuran sorprenderle y destrozarle. A veces proponen un desafio que debe efectuarse en un punto determinado, y jamás principia el combate antes de que los *arikis* no hayan orado, hecho ofrendas á sus dioses y conseguido su aprobacion. Para tenerlos propicios sacrifican algunos esclavos, y una vez evacuadas estas formalidades, entonan los combatientes el canto de guerra, sacan la lengua en señal de desafio y de des-

precio, y lanzando grandes gritos se avalanzan con furor. Es muy raro que dure mucho la pelea; y á los primeros fusilazos, cuando ha muerto un número considerable de hombres, se retiran los vencidos; ó si se traba el combate con mas vigor y encarnizamiento, se agarran los combatientes cuerpo á cuerpo, y se aumenta el número de muertos.

El partido vencedor canta victoria en el mismo campo de batalla, y entonces se preparan los sacrificios espantosos que deben hacerse á sus horrendas divinidades. Preparan los cuerpos de los gefes; y cuando han tomado su parte los dioses y los *ariki*s, se queda la cabeza para el vencedor, quien la conserva como un trofeo de su victoria. Se comen las carnes y distribuyen los huesos para hacer instrumentos. Si los enemigos han disputado el terreno de tal manera que haya podido llevarse los cadáveres de sus muertos y el de su gefe, tienen que restituirlos sopena de verse atacados inmediatamente. Si la derrota los ha intimidado, entonces los devuelven, asi como la muger y los hijos del gefe; á aquella la matan y se la comen, y á los hijos los sacrifican ó reducen á esclavitud. Casi todas las mugeres de los gefes, cuando han sucumbido sus esposos, creen que deben hacer á sus manes el sacrificio de su vida, y ellas mismas se entregan á los enemigos, penetradas de que no se la concederán: ejemplo de fanatismo que se da la mano con las costumbres indias.

Durante este tiempo van descuartizando con el *patu-patu* á los guerreros vulgares que están tendidos por el campo, los dividen en pedazos asados y se los comen. Cuando gozan de alguna reputacion, preparan las cabezas y las venden á los europeos en cambio de pólvora. Mientras dura la carne humana permanecen las tribus en el campo de batalla. Este alimento, que los naturales miran como á propósito

para trasmitirles el valor del muerto, repara físicamente sus fuerzas debilitadas por el cansancio y las privaciones. Mientras duran estos horribles festines, se entregan los guerreros á la mas espantosa alegría; y para no ser los únicos que se regocijen de la victoria, envian á sus familias algunos regalos de los banquetes; pero cuando la distancia es grande, y no permite que lleguen sin corromperse, los tocan con una varita sagrada que envian á sus enemigos para que toquen tambien con esta varita raices ó pescado, y creen que por este medio les trasmiten la propiedad y el sabor de la carne humana.

Algunas veces hacen prisioneros para reducirlos á la mas dura servidumbre. Ellos son los que van á pe-car, cultivan las patatas, y arrancan las raices de helecho. Jamás tienen la vida segura: á la menor voluntad de sus amos, son sacrificados; y lo mas comun es que sirvan de victimas cuando aquellos mueren. Cuando murió Korokoco mataron á tres, y cuando muera Songhi matarán á siete. La hija de este cuando su marido murió en un encuentro, se vengó con la ayuda de su hermano, y mató veinte y tres prisioneros mientras dormian. Cuando estábamos alli nos mostraba un guerrero sanguinario los muchos prisioneros que habia hecho por su mano, y nos hacia grandes instancias para que aceptásemos un jóven fuerte y robusto en cambio de un fusil. Los buques ingleses que necesitan marineros, adquieren con frecuencia cierto número de esclavos en cambio de pólvora y fusiles.

La cabeza de un gefe sirve en cierto modo de estandarte para su tribu. Quanto mas se envanece de poseerla el partido vencedor, tanto mas se entristecen los vencidos y particularmente su familia. Se prepara y se conserva con cuidado; y cuando la tribu victoriosa desca la paz, envia la cabeza del gefe á la tribu

que mandaba. Si á su vista prorumpe esta en grandes gritos, acredita por este medio que desea la paz y entrar en preliminares para ella; si por el contrario la mira con tristeza y en profundo silencio, indica que trata de vengar su muerte, que no quiere transigir, y por último que quiere continuar las hostilidades: entonces empieza el combate nuevamente. Es con todo de gran consuelo para los vencidos, el saber que los vencedores conservan las cabezas de los guerreros muertos, porque esperan recuperarlas algun dia. Cuando les son devueltas, las conservan religiosamente y las veneran; pero cuando han visto que los europeos las pagan bien, son pocas las que no venden.

Tú nos enseñó la cabeza de un gefe del rio Tâmesis, que conservaba para entregársela á su hijo.

Estos pueblos miran la muerte con la mayor indiferencia; la desafian con serenidad pasmosa, y acaso jamás se ha detenido ninguno de ellos á pensar que puede llegar un dia en que le traten como él trata á su semejante: una vez que se han enardecido con las ideas de sangre, son mas feroces que los tigres de los desiertos de Africa; no tienen mas objeto ni mas mira que castigar á su enemigo, y su único sentimiento es el de no poder devorarle gozándose en sus tormentos y sus gemidos.

No es esclusiva de los zelandeses la costumbre de conservar las cabezas; tambien la tienen en Ceram y en Borneo; solo que tienen un medio para conservarlas cuyo método sumamente sencillo no lo practican en ninguna otra parte. A esta especie de embalsamamiento le llaman *moko-moke*, y aun dan varios nombres al humo que sale por las narices, los ojos y las orejas en la preparacion. Para conservar una cabeza, la cortan por la parte superior del cuello; rompen despues la parte occipital formando un gran círculo quitan igualmente las porciones huesosas internas

como las que componen la bóveda orbitaria, la nasal y palatina; en fin, no conservan mas huesos que los exteriores que deben sostener los tegumentos de la cara; les quitan todas las carnes y membranas interiores, particularmente el cerebro y sus dependencias. Cuando lo interior está perfectamente limpio, cosen los párpados ó los cierran con una especie de goma, rellenan con cáñamo las narices, y guarnecen la abertura inferior con un ribete de tela ó de madera. En este estado ponen la cabeza en un parage bien abrigado, donde mantienen un fuego lento, cuyo humo va secando sucesivamente y poco á poco los tegumentos. Cuando ha llegado al punto conveniente de desecacion, la untan con aceite y la guardan en el sitio mas seco de su cabaña, cuidando de sacarla de cuando en cuando al aire para que no contraiga humedad. Las cabezas que están preparadas en estos términos son tanto mas buscadas, quanto mas largos son los cabellos, mas perfeccionado el dibujo picado, y mayor la reputacion del guerrero á que pertenecian. Las conservan con menos religion desde que los europeos las compran; y frecuentemente sucede que sacrifican á los esclavos con la mira de vender sus cabezas.

Parece que la compasion, tomojuiciosamente dice un autor francés, jamás ha tenido acceso en el corazón de los zelandeses: todo extranjero arrojado á sus costas por la tempestad, ó atraído por la curiosidad, está destinado á una muerte cruel. Los de la parte del Norte, son los únicos que sufren voluntariamente entre ellos á los europeos, á quienes necesitan; pero los de la parte del Sur, se han mostrado intratables. Todos los viajeros que navegaron por aquellas costas, fueron objeto de las disposiciones hostiles de aquellos isleños, bárbaros, traidores y pérfidos, cuyo derecho es la fuerza y la violencia.

En 1642 perdió Tasman cuatro hombres, y puso el nombre de *bahía de los asesinos* al parage en que ancló. En 1760 fué atacado Surville, y se vió obligado á recurrir á la superioridad de sus medios de defensa. Mr. Furneaux, capitan de l' *Aventure* perdió nueve hombres en el estrecho de Cook. El mismo Cook fué el blanco de los insultos y amenazas de esterinio por parte de aquellos naturales; y por una moderacion opuesta á la violencia de su carácter, se limitó á convencerlos de la superioridad de sus fuerzas, y no mandó cortar las orejas á los prisioneros como hizo con los naturales de las islas de la Sociedad. Cook visitó aquellas islas en 1769 y 1770. El capitan Marion estuvo en la bahía de las islas, que los franceses llaman *bahía Marion*, en 1772; se sabe que fué allí asesinado con veinte y nueve hombres de su tripulacion. Desde entonces acá, se han apoderado de muchos buques balleneros asesinando á sus tripulaciones; la lista de los europeos sacrificados por aquellos canibales formaria un largo martirologio. Entre los acontecimientos mas notables de este género, tan solo haremos mencion del robo que hicieron en 1816, del *Boyd*, mandado por el capitan Tompson, y el de los buques del capitan Howel, á quien vimos en Puerto Jackson, cuyos pormenores nos refirió él mismo. Este marino que mandaba el bergantín *Trial* y la goleta la *Felicité*, ancló el 30 de noviembre de 1815 en el rio Tamesis: los naturales se aprovecharon de algun descuido de los marineros encargados en observar sus movimientos: se echaron sobre los hombres que estaban sobre cubierta, cortaron los cables y arrojaron los buques á la costa; pero lo que salvó á la tripulacion retirada en el entrepuente, fué la precaucion que se tomó de llevar las armas de fuego á aquel sitio. Los marineros podian apuntar por los mamparos tranquilamente á cuantos naturales se presentaron, y

los mataban sin temor de errar sus tiros: de este modo dejaron barrida la cubierta del bergantín, y rechazaron á los naturales hacia proa, donde un fuego bien nutrido obligó á los que escaparon de las descargas á echarse á la mar.

Algunos filántropos mas ó menos ilustrados han disertado difusamente acerca de los medios de destruir la antropofagia; los mas han negado esta abominable costumbre, y mirando esta aberracion como una ficcion inventada por los viajeros, han creido que se habia calumniado á la especie humana: no trataremos de refutar estas ideas especulativas, resultado de los sueños de hombres tranquilos y felices en el seno de sus hogares que jamás han perdido de vista. Dicese que un hidalgo escocés inflamado por el deseo de civilizar á los nuevo-zelandeses se embarcó en 1782 con sesenta campesinos y todos los objetos necesarios para cultivar la tierra; su proyecto era el de establecerse á orillas del rio Tamesis ó en la Bahía-Mercurio, y enseñar á los naturales á descuajar su suelo: pero jamás se ha vuelto á saber su paradero.

Las ideas que los nuevo-zelandeses profesan relativamente á la medicina, no nos han parecido estensas; sin embargo, sus costumbres guerreras habrian debido darles á conocer la necesidad de aplicar remedios á las grandes heridas que resultan de los golpes dados con sus *patu-patus*. Sin duda es necesario atribuir á su costumbre de rematar á los heridos y de comerse á los vencidos, las pocas cicatrices que se ven en los guerreros. En las enfermedades internas que les acometen en sus hippahs recurren á una dieta severa, y beben jugos de plantas que ellos llaman *rongoa* ó confortantes; en los casos desesperados ponen su única esperanza en las oraciones de los *arikis*, aunque tienen á algunos de sus compatriotas encargados de preparar algunos remedios, á quienes conde-

coran con el nombre de *tagata-rongoa*. Sus enfermedades ó *maté* mas comunes son la elefantiasis, la tisis pulmonal, y los catarros de todas clases. Cuando hay algun miembro fracturado, mantienen las estremidades en contacto con unas tablillas de corteza de árbol, y dos veces al dia dan sobre la *parte* vapores acuosos cargados de principios herbáceos, echando encima de las brasas hojas llenas de agua. Los niños adolecen con frecuencia de hernias umbilicales, y los viejos padecen oftalmias, calambres ó *keké*, y arenas calculosas ó *kiddi-kiddi*. Las llagas se llaman *ope-ngo-rara*, la preñez *apu*, y la salud ó feliz estado del justo equilibrio de todas las funciones de la vida es lo que ellos llaman *ora*. El picado ocasiona á los que se hacen en la piel grandes dibujos de que tanto gustan, accesos de fiebre que duran muchos dias, y á los que sucede una abundante supuracion y gruesas postillas que tardan mucho en caerse. No deja de ser peligroso y de causar agudos dolores el picado en las partes nerviosas y delicadas, como el ángulo de los ojos, los párpados, los tegidos subyacentes en las glándulas parotidas. La operacion del picado se hace por partes y en varias ocasiones del año; la miran como una prueba de valor y de firmeza, y miran con desprecio como á hombres afeminados á los que no se atreven á someterse á ella.

Durante la permanencia de la corbeta la *Coquille* en la bahía de las islas, se presentó un caso análogo al que las mas de las obras de medicina refieren relativo á una muchacha á quien muchos estudiantes no pudieron desflorar. Una jóven zelandesa sostuvo á bordo durante tres dias los esfuerzos sucesivos de todos los hombres de la tripulacion, sin que ninguno de ellos pudiese arrancarle el tesoro que todos se li-sougeaban conquistar. Una espesa membrana de naturaleza cartilaginosa con un agugero casi imper-

ceptible cerraba sólidamente el canal utero-vaginal.

Una enfermedad cuyos desastres no han encontrado aun diques, es la syphilis que Cook introdujo allí en 1769 y 1770. Para preservarse los naturales de sus ataques, se oponen enérgicamente á que sus mugeres tengan comunicaciones demasiado fáciles con los buques europeos, al paso que obligan á las jóvenes robadas en las tribus vecinas á prostituirse, sin inquietarse de los recuerdos dolorosos que su obediencia ocasiona. Por principios religiosos y por orgullo no cohabitan jamás con aquellas esclavas. Esta enfermedad se renueva actualmente y sin cesar por las comunicaciones con Puerto Jackson de donde la importan en línea recta.

8. DE LOS ROTUMAYOS.

La pequeña isla de Rotuma está situada á los doce grados de latitud Sur, y á los ciento setenta y cuatro de longitud oriental: se eleva como un cono solitario, en medio de un espacio de mar libre, á gran distancia de los archipiélagos de los Amigos y de Fidjis de una parte, y de las Nuevas Hebrides y de la tierra de Salomon por la otra.

Los habitantes de Rotuma pertenecen á la raza oceánica; pero se advierte ya que de resultas de sus comunicaciones con los habitantes de Fidjis, se han introducido los usos y costumbres que les han comunicado las razas negras. Aquellos hombres están bien formados y tiene una talla aventajada. Su fisonomía es agradable, agasajadora y alegre; sus facciones regulares y su tez clara. Usan el cabello que es muy largo, atado en la coronilla formando un mechón; y cuando le dejan suelto sobre los hombros, es como un testimonio de respeto y de profunda sumision. Tienen la mayor semejanza con los otaitianos, á pesar del

